

NOTAS DE LIBROS

CARO BAROJA, Julio: *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)* (Barcelona: Editorial Seix Barral, 1992), 213 pp. y 33 ilustraciones procedentes de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia y del archivo personal de Julio Caro Baroja.

Cuando a finales de junio intenté adquirir *Las falsificaciones de la Historia (en relación con la de España)*, obra nuevamente editada ¹ por Seix Barral en marzo de 1992, comprobé, después de recorrer varias librerías, que a pesar de su reciente publicación estaba ya agotada. Finalmente, mi padre que también colaboraba en la búsqueda, logró vencer la resistencia de un librero abulense y adquirir un último ejemplar, algo decolorado, que se exhibía en el escaparate. Se trataba de una tercera edición fechada en mayo de 1992. En la actualidad, octubre del mismo año, son ya cinco el número de ediciones hechas por Seix Barral, pero las dificultades para su compra en Madrid persisten ante el incesante aumento de la demanda. El volumen de ventas es sólo comparable al de algunos *Best sellers*, normalmente novelas, obras de candente actualidad o manuales de uso obligatorio. Todos ellos muy alejados del contenido y propósito del libro que nos ocupa, salpicado de textos en latín y en el que la mayoría de las referencias bibliográficas se remontan a los siglos XIV-XVIII, tratándose en numerosos casos de manuscritos o ejemplares únicos, procedentes de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia.

Sin embargo una vez leído, resulta fácil encontrar causas a este éxito editorial ²: naturalmente y en primer término, el prestigio de Don Julio Caro Baroja pesa de manera decisiva, y en esta empresa todo prestigio es poco. No creo exagerado afirmar que tal vez sea el único humanista español capaz de desarrollar el tema tal y como aquí aparece. Porque cada vez de forma más acentuada se extiende entre los intelectuales una especie de miopía científica, de forma que el que sabe de literatura desconoce por supuesto la arqueología, y el especialista en la Edad Contemporánea no sólo no lee griego sino que se desenvuelve con suma torpeza ante textos latinos; se enfoca sólo el campo más cercano y el resto permanece borroso.

Pero en ocasiones, la edad, los años que pesan, se convierten en una ventaja inalcanzable. Don Julio, con la vista más que cansada, se ha dado un paseo completo por la historia de España, desde las primeras referencias legendarias y las descripciones de autores griegos y latinos, hasta el siglo XIX. Por el camino ha entresacado todas las falsedades vertidas en ella. Julio Caro Baroja se señorea, sin titubear ante el griego clásico o el latín cargado de mozarabismos. Sólo algunos comentarios sobre la «apretada letra» de alguna edición, «la lectura difícil», o los folios escritos por las dos caras, en

¹ Una edición anterior fue realizada por el Círculo de Lectores, Barcelona, 1991.

² Se han publicado varias recensiones de la obra: Emilio TEMPRANO, *Crónica 16 de León*, 26 de diciembre de 1991; José María TOQUERO, *ABC*, 12 de mayo de 1992; J. JUARISTI, *El País*, 1 de agosto de 1992.

los que la tinta se transparenta de una a otra, nos hacen vislumbrar el inmenso esfuerzo que ha supuesto su elaboración en el que no se han escatimado los viajes a Italia en busca de documentos y escenarios.

El libro está basado en textos originales siempre completados con las críticas y comentarios de autores posteriores, tanto defensores como detractores. Las puntuales referencias a unas y otras ediciones, y la mención de los lugares donde ha consultado las obras, convierten a *Las falsificaciones de la Historia*, en una aportación fundamental para la historiografía española, una especie de manual para especialistas, imprescindible en cualquier biblioteca que se precie. Esta que sería la segunda causa de su buena acogida entre el público, se ve reforzada por el «Índice onomástico» donde de forma rápida y efectiva se pueden localizar todos los autores y obras mencionados en el texto. Don Julio señala que en el siglo XVIII se impone la crítica a los falsos cronicones, pero, con demasiada frecuencia (y he tenido ocasión de comprobarlo en investigaciones personales³), datos extraídos de los falsarios por autores crédulos o poco críticos, son tomados en préstamo por investigadores contemporáneos que, con su miopía, ni siquiera intentan desentrañar su origen y veracidad, impregnando y contaminando muchas publicaciones actuales.

Sin embargo *Las falsificaciones* es bastante más que una lista comentada de obras y autores. Don Julio hace una profunda reflexión sobre los intereses políticos, religiosos, raciales y personales, que impulsaron a la falsificación. Las biografías de los autores, el ambiente socio-político y las confrontaciones étnico-religiosas del lugar y momento en que se forjaron los principales escritos, son recreados como datos fundamentales para justipreciar estas obras, el impacto que produjeron y las diversas reacciones críticas o crédulas. En este aspecto, el autor se coloca en una óptica muy diferente a la de otros escritores que antes se ocuparon del tema, usualmente feroces y despiadados al valorar la labor de los falsarios.

El propio Don Julio en las «reflexiones finales» sintetiza el proceso de falsificación histórica en España (p. 197) y sus diversas etapas, de las que ahora vamos a dar un breve resumen. Aunque antes, y siguiendo el contenido de la introducción, es necesario subrayar que la falsificación es algo generalizado entre los más variados pueblos y épocas. Las hay de muchos tipos y con móviles también muy diferentes.

Entre las falsas noticias incluidas en los relatos históricos, abundan las referentes a los orígenes míticos o legendarios del país, situadas en un tiempo lejano y desconocido, y las que se forjan sobre otras culturas, también muy alejadas, esta vez en un sentido geográfico. Este tipo de noticias «lejanas» en el tiempo o en el espacio, están ya bien documentadas en autores griegos como Homero y Herodoto, denunciados dentro de su propia cultura, por Luciano y Hesiodo, por citar sólo un par de nombres en cada sentido. Sus autores no son falsarios propiamente dichos (es decir, personas que de forma deliberada, falsifican un documento para probar algo concreto), sino que describen una cosmovisión y un universo mítico de aceptación generalizada dentro de su contexto; de lo que no se sabe se inventa o se recogen las tradiciones vigentes. Todas las culturas, al menos en determinadas fases de su desarrollo, elaboran mitologías, destacando las concomitancias y paralelos entre unas y otras. En ellas se suele aclarar el origen de la civilización o de la ciudad propia (creo significativo recordar que en la ceremonia inaugural de los Juegos Olímpicos de Barcelona, se representó el relato mítico de su funda-

³ M. FERNÁNDEZ MONTES, *Cultura tradicional en la comarca de Buitrago* (Madrid: Comunidad Autónoma de Madrid, PAMAM, 1990), pp. 35-42.

ción); surgen así los héroes-civilizadores que introducen determinados avances tecnológicos y conocimientos prácticos (aparición de la agricultura, de los metales...), además de las artes, las letras, las estructuras gubernamentales, etc. La Biblia es sin duda el ejemplo más emblemático y el que, según mi criterio, mayor influencia ha ejercido en los falsarios españoles, tanto por su contenido como por su estructura.

En época de los Reyes Católicos se produce, por primera vez en la historia, la unificación de toda España bajo una única monarquía. El ideal de Unidad (política, religiosa y racial) se convierte en Razón de Estado, dentro de un marco geográfico, que hasta entonces, se había caracterizado precisamente por lo contrario. Es en este momento (1498), cuando un humanista italiano, Annio de Viterbo, edita y comenta supuestos fragmentos de historiadores antiguos. Entre ellos está Beroso, autor real que escribía en griego entre los siglos IV y III a. C. El recurso de poner en boca de un autor antiguo lo escrito por un falsario, será una constante.

Esta obra que Annio de Viterbo dice haber sido encontrada en Granada tras su conquista, está dedicada a los Reyes Católicos y su contenido apoyaba y reforzaba ese ideal de Unidad. Muy resumidamente, según el falso Beroso, tras el diluvio los descendientes de Noé se dedican a poblar la tierra, correspondiéndole a su nieto, Tubal o Thubal, ir a España donde forma una monarquía unitaria de la que él es el primer rey, introductor de las letras, la poesía y la filosofía. Le siguen Ibero, Iubalda, Brygo, Hispalo, hasta llegar a Gágoris que hace el número 24.

Las listas de reyes confeccionadas por Beroso (el auténtico) ya habían sido citadas por Eusebio de Cesarea, San Jerónimo y San Isidoro, de donde pasaron a historiadores españoles como Rodrigo Jiménez de Rada (1170-1247), a la *Crónica General* de Alfonso X y a Alfonso de Madrigal «El Tostado» (1400-1455). También la tradición tubálica existía antes de la aparición de Annio de Viterbo y el falso Beroso, y dominará la historiografía española hasta el siglo XVII. El texto de Annio, donde la historia de España queda enlazada con el Antiguo Testamento, pretendía conciliar diversas tradiciones: hebrea, babilónica, caldea, egipcia y grecolatina. Así Noé será Jano y Osiris, Dionisios. Además en ella se heroifica y personaliza el origen de las ciudades a las que se atribuye su fundación, según su concomitancia con los nombres de los diversos reyes que, asimismo, originan el de otros topónimos.

Ya en el XVIII, Masdeu en su *Historia crítica de España y la cultura española*, refutó los primeros viajes de los griegos a España (la expedición de los Argonautas de Homero y las fundaciones más antiguas de Estrabón) atacando también al falso Beroso del que cita sus defensores y detractores, porque la obra ejerció gran influencia en los historiadores de la primera mitad del XVI que ampliaron su significado. Así Tubal traería también la primitiva lengua prerromana a España. Según Esteban Garibay y otros, fue el vascuence, teoría que dio lugar al «tubalismo vasco» que, pasando por Larramendi en el XVIII, llega hasta el XIX y sienta las bases del «vasco-iberismo». Florián de Ocampo (1495-1558) por el contrario, pensaba que la lengua traída por Tubal fue el caldeo.

Este último continuó y amplió la labor de Annio valiéndose de otro seudohistoriador: Fray Juan de Rihuela. Aunque Don Julio indica que él mismo parecía no creer lo que escribía. A la lista de los primeros reyes españoles añade otros más y detalles sobre las fundaciones de Tubal entre las que destacan Setúbal, Tarragona, Sagunto, Tafalla (Tuballa) y Tudela (Tubella). También relata cómo su abuelo Noé le visitó en España fundando Noela en Galicia y Noega en Asturias. Dentro de este «juego paralingüístico», sin embargo, hizo buenas observaciones en torno a la palabra *Briga* y su uso en nombres de

ciudades. La cronología de los diversos reyes, siempre muy precisa, será una preocupación constante de éste y otros falsarios.

Continúa el texto Don Julio enumerando a otros autores de la primera mitad del XVI que poco a poco van perfilando y completando la lista de reyes y las noticias y fundaciones de éstos, tales como fray Juan de Rihuela, Lorenzo de Padilla, Lucio Marinero Sículo, Vaseo, Antón Buter, Pedro Medina y Francisco de Pisa. También Diego de Colmenares aceptó la lista de reyes, afirmando que Hércules fue el fundador de Segovia. No faltan en la época detractores del falso Beroso como Mariana (que sin embargo creía en Tubal como el primer poblador de España siguiendo a Diodoro de Sicilia) o Francisco Casales, Gaspar Escolano y Joseph de Moret. Vemos así cómo, en la primera mitad del XVI, la idea de la primitiva monarquía unitaria (tal y como la que habían establecido los Reyes Católicos), impregna los escritos históricos españoles que a través de Tubal enlazan con el Antiguo Testamento y, gracias a las concordancias cronológicas y genealógicas, y a la asimilación de dioses y héroes de unas culturas con otras, con toda la mitología de la Antigüedad. Aunque hay autores que comienzan la historia de España con la Creación como Antonio Lupián de Zapata, primer inventor de un Falso Crónicon que puso en boca de Hauberto (supuesto mozárabe del siglo XI). En todos ellos se realiza la antigüedad, también la unidad política y la religiosa, incluso la santidad porque muchos reyes son hechos santos. Además en los falsarios se suele encontrar la defensa de valores más particulares, como la mayor dignidad para la tierra o ciudad natal y el aumento de la nobleza para la familia o el linaje del autor que más de una vez aparece enlazado con el de algún rey.

De mediados del XVI al XVII se produce un etapa diferenciable. Hay en ella una efervescencia de falsarios que confeccionan los «Falsos Crónicones» impulsados ya por móviles de tipo religioso y que, por tanto, no suelen remontarse más allá de los orígenes del cristianismo, enlazando sus historias con el Nuevo Testamento, sobre todo con los Hechos de los Apóstoles y la difusión de la nueva fe.

En este momento, conseguida y afianzada la Unidad política, persiste en España, especialmente en algunas ciudades como Granada y Toledo, un alto porcentaje de población morisca y judía. La Inquisición, con métodos más que radicales, se encargará ahora de velar por la Unidad religiosa y erradicar las prácticas no ortodoxas de los conversos.

En 1588, durante el reinado de Felipe II, estaban todavía abiertas las heridas por el levantamiento de los moriscos en Granada, cuando, al demoler la torre Turpiana, en el Sacromonte, se halló una caja que contenía una imagen de la Virgen en traje egipcio, un hueso, un lienzo y un pergamino escrito en castellano, árabe y latín. Hasta 1590 se suceden los hallazgos de textos grabados en plomo y reliquias, que los médicos mozárabes, Alonso de Castillo y Miguel de Luna, traducen al castellano. Según Godoy y Alcántara, éstos fueron los autores materiales de la falsificación, aunque como Don Julio afirma, en ella debieron colaborar muchas más personas, con especialistas en varios oficios. No en vano los descubrimientos defendían los intereses de toda una población que vivía «en estado de zozobra e incertidumbre» frente a las acusaciones de «cristianos nuevos». Los textos contenían un elogio a los árabes y su lengua realizado por la propia Virgen María. Estos resulta que ya estaban en Granada en tiempos de Nerón, siendo martirizados varios de ellos como San Hiscio, o San Thesiphon (antes de cristiano Abenathar), discípulos de Santiago. El apóstol había llegado a España por la parte oriental pasando por Acci = Guadix, Ilipula = Granada y el Sacromonte, mientras se dedicaba a evangelizar en compañía de San Cecilio. Santiago fue luego a «Meteusa», «Tolemon» (Toledo), Al-

cántara, Ibiza y Zaragoza, siendo enterrado en Santiago porque el barco en el que viajaba naufragó allí. De los sensacionales textos encontrados que fueron acompañados de fenómenos luminosos y milagros se deducía que ¡los árabes fueron los primeros cristianos en la Península!

Tres juntas de teólogos certificaron su autenticidad en 1596, 1597 y 1600. Pero rápidamente parecieron también detractores: Juan Bautista Pérez, el jesuita Ignacio de las Casas, Gonzalo Valcárcel..., y defensores, entre ellos, el padre Castro que fue arzobispo de Granada, Román de la Higuera, etc. Tanto uno como el otro bando parecen dominados por pasiones más que por razones, entre ellas, las rivalidades entre órdenes religiosas. En el reinado de Felipe IV el pergamino y los plomos se llevan a Madrid y de allí a Roma, donde, los dominicos, hostiles a la causa, aceleran el dictamen de Inocencio XI negando la autenticidad de los hallazgos en 1682. La Inquisición española mandó acatar la sentencia, pero los defensores, que habían fundado el Colegio de Sacromonte siguieron defendiéndolos y solicitando la revisión del proceso, al menos hasta el siglo XVIII.

Termina Julio Caro Baroja la III parte de su obra, dedicada a las falsificaciones de Granada, con la mención a Juan de Flórez Ordouz y Cristóbal Conde (Cristóbal Medina Conde) especializados en todo tipo de falsificaciones, entre éstas, sus propias genealogías y una historia de Granada en la que defendieron los plomos de Sacromonte.

Si Miguel de Luna y Alonso del Castillo, por personificar en dos la labor, actuaron en defensa de los intereses de la población mozárabe granadina, el jesuita toledano, Jerónimo Román de la Higuera (1551-1621), que había visto uno de sus apellidos (de la Higuera) sometido a una investigación inquisitorial por judaísmo, no fue ni mucho menos un falsario desapasionado. Este gran erudito, con fama de sabio y personalidad de sicópata, llegó a raspar los nombres de los documentos para cambiarlos por otros, por ejemplo Baeza por Jerusalém. Además, como suele ocurrir a quienes relatan historias, creía firmemente en sus propias invenciones. A su pluma se deben los Falsos Cronicones de Dextro, Máximo, Heleca, San Braulio, Luitprando y Julián Pérez, además de una carta del rey Silo. Se trata de obras que circularon manuscritas y a las que, como hiciera Annio en el Beroso, iba añadiendo comentarios y ampliaciones (fue Rodrigo Caro quien creyó y publicó la mayoría de sus cronicones en 1627).

Junto con estos apócrifos, su *Historia eclesiástica de la Imperial ciudad de Toledo* confirma la veracidad de las tradiciones piadosas españolas, ampliándose los datos sobre su ciudad, donde los judíos, allí asentados, mandaron legados a los apóstoles para que enviasen quien enseñara la nueva fe, encargándose de la labor el propio Santiago. También escribió genealogías sobre familias toledanas (Higuera, Romano, Cuéllar, Peña...) en las cuales quedaba perfectamente aclarada su «limpieza de sangre». De esta última labor, Don Julio, con el tono comprensivo y poco partidista que adopta a lo largo de toda la obra, nos dice (p. 177): «Pero el que escribe cree que en sí son curiosos, no sólo porque dan una idea de una rara personalidad, sino también de un ambiente bastante atormentado y conflictivo, en el que la ascendencia proporciona casi todos los motivos de orgullo y también los de vergüenza y peligro.»

Sus obras, que encuentran en el conde de la Mora un fiel seguidor, tuvieron una gran difusión y alteraron la visión de la historia de España, durante bastante tiempo, llegando incluso hasta nuestros días. Otro falsario, Antonio Lupián de Zapata, en su *Cronicón de Hauberto* confirma las noticias de los Falsos Cronicones anteriores,

siendo obras suyas, además, el *Cronicón de Walabonso* y el *Martirologio de San Gregorio Bético*.

El siglo XVII, que fue un período de piedad exaltada en España, produjo además otro tipo de falsedades históricas como la *Mística Ciudad de Dios* de sor María de Jesús de Agreda (1602-1665) que don Julio califica de «ficción histórica de tipo místico» frente a Godoy y Alcántara⁴ que la consideraba como una «novela piadosa». En ella se relata la vida de la Virgen con una defensa entusiasta del dogma de la Inmaculada Concepción, según su autora, dictada por la propia Virgen María. En una edición de 1681 se incluye una biografía de la monja, donde se relata el éxtasis que la trasladó a Nuevo México para dedicarse a evangelizar. Su obra como las anteriores tuvo partidarios y detractores y levantó una gran polvareda.

En el siglo XVIII las críticas a los Falsos Cronicones se acentúan y personajes como Nicolás Antonio, Gaspar Ibáñez de Segovia, Feijoo, Mayáns, el padre Flórez o el hiper-crítico Masdeu, acaban por desacreditarlos. Vuelve, en esta última parte, a insistir Don Julio en el valor de las falsificaciones históricas (p. 194): «algo con fuerza, social política y estética» además con fundamentos poéticos o literarios que atraieron a autores como el prolífico Lope de Vega que en sus *Crónicas y leyendas dramáticas de España*, incluyó *La amistad pagada*, *El último godo*, *Las doncellas de Simancas*, *La campana de Aragón* o *El Labrador Venturoso*, todas basadas en relatos de los Falsos Cronicones.

Con prosa ágil y sintética, plagada de comentarios y exclamaciones que en ocasiones dejan traslucir la fina ironía del autor, el acercamiento de Don Julio a los falsarios es sumamente respetuoso, incluso cariñoso, como él mismo se encarga de recordar al final de su obra (pp. 199-200): «Lo que hicieron ha tenido su utilidad, porque ha servido para demostrar que la falsificación como arte es algo muy difícil y que casi siempre las falsificaciones deliberadas fallan en algo: o pretenden demostrar demasiado o yerran en detalles. De todas maneras, hoy, por muy críticos que seamos, hemos de estudiarlos a ellos, más que a sus obras, con cierta benevolencia o comprensión, pues debieron ser hombres fantásticos, entusiastas, no malhechores. Existen en la actualidad otra clase de impostores y tartufos más peligrosos; porque no falsifican datos o hechos, sino que interpretan los auténticos a su modo y para sus fines».—MATILDE FERNÁNDEZ MONTES.

BOURDIEU, Pierre: *El sentido práctico* (Madrid: Taurus Ediciones, 1991), 451 pp.

Tras la publicación en España en 1988 de una de las obras mayores de Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, la Editorial Taurus, en su colección de Humanidades, vuelve a contribuir, afortunadamente, al conocimiento de la labor de uno de los más sólidos e imprescindibles de los científicos sociales actuales, mediante la edición de otro de sus trabajos principales, *El sentido práctico*.

Traer a colación el primero de los títulos no es oportuno solamente por el acontecimiento editorial de su impresión, sino porque, originalmente, podría decirse, *El sentido*

⁴ José GODOY Y ALCÁNTARA, *Historia crítica de los falsos cronicones* (Madrid, 1868).